

A-R-T-E

- VI -

Cuadernos de
“Universidad Pontificia Bolivariana”

DARIO TOBON CALLE

— Por Alfonso LONDOÑO MARTINEZ

Excediéndose en la confianza que pueda merecerle, Darío Tobón Calle me vincula generosamente como prologuista a esta fiesta de la pintura, a la cual trae él una copiosa cosecha, que representa nuevo y fecundo esfuerzo de superación, porque el pintor, como el compositor de música, como el poeta, va corrigiendo su propia obra en el cotidiano discurso de su trabajo.

Mis relaciones directas con la pintura no pasan de los deformes y estrafalarios monigotes que sobre las pastas de los cuadernos y los textos de estudio dibuja el niño en edad escolar. Naturalmente, no soy ajeno ni indiferente al delicioso sentimiento que la belleza en todas sus manifestaciones produce en el hombre educado.

Tobón Calle —y éste no es un concepto técnico, sino de impresión visual— es el constructor de sus motivos. Siente el motivo antes de verlo. Lo intuye antes de conocerlo. De aquí la humanidad casi móvil de sus óleos, donde la luz y el color entran en solidaria composición.

El artista no es un copista, como el fotógrafo, de la misma manera que el literato no lo es, como la mecanógrafa. Por esta razón, los cuadros de Tobón Calle no son cosas muertas e inexpressivas. En sus célebres barracas, con sus tapias oscilantes, con sus techos disparejos y vencidos, con sus cimientos ilógicos, con sus alambres sobrecargados de ropas al sol, el ojo atisba la robusta, la diciente manifestación de la vida. Tobón Calle crea pues el paisaje, adivinándolo donde el ser vulgar, desprovisto de sentimiento artístico, apenas encuentra miseria y ruina. Y es un intérprete. Es que para ver se necesita sentir. No ve lo mismo el salvaje que el civilizado.

Se advierte en Tobón Calle la devoción por el clasicismo. Lo dijo para explicar tres cuadros

de dulce ambiente, donde el autor fijó el sosiego de su casa, esa calma diáfana, casi transparente, como los climas de las iglesias, que invade las alcobas de los hogares antioqueños.

Tobón Calle ha trabajado sus óleos en su propio hogar, rodeado de lo suyo y por los suyos, sintiendo durante la labor creadora el estimulante de esos sonidos que son gratos ruidos al oído del hombre de familia: la máquina de coser, las tijeras, el canto del turpial, el riego de las eras, de cuando en vez, la canción que acompaña a nuestras mujeres en el doméstico ajetreo. La familia ejerce pues sobre su pintura una notable, una decisiva influencia. Díganlo también las flores tomadas de la repisa de la devoción familiar, las frutas cogidas de la mesa del comedor.

A una pregunta mía, que era apenas natural consecuencia de la confesión de su origen, vaciló sinceramente para responder, porque entiende dentro de su exquisito temperamento artístico tan sensible y delicado, que el parentesco tan bien llevado y servido por él con el maestro Tobón Mejía, le crea compromisos con el país y con la historia que teme no cumplir cabalmente. Este emocionado divorcio que Tobón Calle busca imponer por reverencia a quien es, desde la sombra de su eterna noche, honor de su raza, conmueve y sobrecoge porque es una nueva forma del respeto. Pero le será imposible establecer esa línea divisoria porque la tradición erige sus fuegos. En el vulgo existe un expresivo refrán que viene al caso: "De tal palo, tal astilla". Y cuando se escudriñe la obra de Tobón Calle, habrá que recordar la obra de Tobón Mejía. Si así de espléndidas lucen las flores y los frutos, no es porque abajo, robustas, hunden las raíces sustentadoras sus terrosos tentáculos vivificantes?

Fiel a su destino artístico, el joven pintor que ahora ofrenda parte muy valiosa de su tarea inicial, buscará en España su necesario perfeccionamiento. A su regreso, después del estupendo hartazgo de cultura milenaria, la esperanza de Tobón Calle será, Dios escuche cuanto digo, la realidad de Tobón Calle. Y entonces Antioquia, la eterna Antioquia de nuestros amores y dolores, ganará otra pacífica batalla nacional en el polígono de las bellas artes.



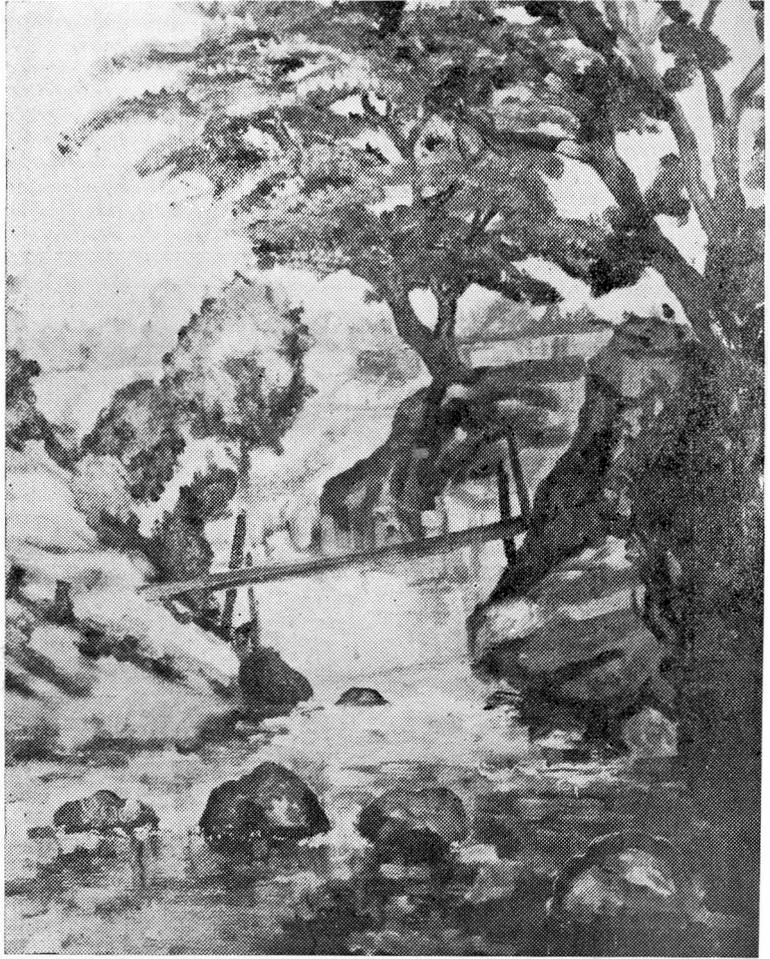
AUTO-RETRATO (Oleo) (82 x 60 cm.)



RINCON DE MEDELLIN (Oleo) (63 x 74 cm.)



CACERIO EN VERANO (Oleo) (53 x 44 cm.)



PUNTE DE "LA AGUACATALA" (Oleo) (57 x 46 cm.)



FLORES (Oleo) (71 x 61 cm.)